



La teoría del vaso de agua

Autor: Javier Menéndez Llamazares

Editorial: Salto de página

Lugar y año: Madrid, 2013

Páginas: 302

RECORDANDO LOS SESENTA

Para quienes pensamos que el siglo XX, tan pródigo en acontecimientos, tan duro para la humanidad como divertido y apasionante para los dioses, no nos dejó ninguno tan importante y tan perdurable como la revolución juvenil de los años sesenta, he aquí una novela del mayor interés. Y, en lo que a mí se me alcanza, de gran singularidad en el panorama español. Porque, si bien es verdad que teníamos sobradas noticias del mayo francés del 68 y del movimiento *beatnik* americano, nuestra información sobre la coetánea movida de los jóvenes de Alemania era casi nula. Y me refiero naturalmente a la información que proporcionan el cine y la novela, que hoy se han convertido ya por derecho propio en los dos verdaderos mentores de historia del ciudadano común.

Javier Menéndez Llamazares (León, 1973) ha escrito, en su *Teoría del vaso de agua*, una novela que no defraudará a ningún lector exigente en el plano de la técnica narrativa ni en el de la ilustración

histórica. Sus aciertos en el primero de ellos deben ser valorados como se merecen, y personalmente lo hago con el mayor encarecimiento. No es nada fácil desplegar con tanta agilidad y maestría una historia como esta, de suyo leve: la crónica de cómo una joven de familia vasca y franquista, enviada en 1967 por sus padres, a consecuencia de un desliz sexual, a un colegio de monjas a Berlín Oeste, acaba metida, casi sin pretenderlo, en una comuna revolucionaria que perpetra, entre otros atentados, estupendas agresiones prepósteras a señalados personajes del capitalismo de la ciudad.

En el plano de la documentación, o por mejor decir, de la ambientación histórica, también la novela de Javier Menéndez es notable: el autor domina la materia a muy diversos niveles, si bien, para los que preferimos las novelas de creación a las de recreación, este resultará un aspecto más secundario, salvo que el lugar y el tiempo —la juventud alemana que en 1968, aunque ya desengañada de los ideales del marxismo, intenta derribar el orden capitalista y burgués, en paralelo con la juventud francesa y la yanqui— nos interesen particularmente, y cierto que es así, que nos excita y aún apasiona aquel periodo de la revolución juvenil, de la revolución sexual y también de la revolución musical, tres revoluciones en una, la única que parece haber triunfado para siempre por cuanto significa en un aspecto, el sociológico, el triunfo definitivo de la cultura de masas, y en otro, el moral o el teológico, el triunfo definitivo de la “juventud sin dios”, la misma que se dejó precipitar al nazismo renacida treinta años después como juventud libertaria, como lúcidamente supo prever el escritor austriaco Ödön von Hor-

váth en una famosa novela de 1932 que lleva justamente ese título: *Jugend ohne Gott*.

En su segunda novela publicada, Javier Menéndez Llamazares exhibe una prosa madura y de extrema limpidez, que más de un crítico estaría tentado de tildar de funcional (queriendo decir, de poco literaria), aunque erraría el tiro, porque el dominio que el autor manifiesta de la ironía, del trazo fino y de la imagen feliz lo alejan de la prosa aséptica del cronista probado tanto como de la prosa enfática del periodista metido a narrador (ejemplos tenemos recientes), ese que pretende hacer de cada frase de su novela un gran titular.

Con todo, la novela de Menéndez parece hecha para algo más que para el libro. En este caso concreto no sería ningún desdoro para la dignidad de la literatura, ni por supuesto ninguna quimera, que el autor y sus lectores más incondicionales estuvieran viiendo *La teoría del vaso de agua* llevada al cine. El guionista tendría poco trabajo. Y solo la banda musical del film garantizaría ya la mitad del éxito.

Quizá un lector exigente tache a esta novela de ligera en el retrato de los personajes, y de quedarse demasiado en la superficie o en la espuma de los acontecimientos históricos que narra, pero, aparte de que, como apunté arriba, el mérito del relato es sobre todo técnico y formal, la falta de ambición de un escritor nunca desmiente su talento. Y tampoco sería nada improbable que en su próxima novela Javier Menéndez Llamazares nos enseñara los dientes de su gran ambición como novelista.

Enrique Álvarez